

LA DANZA DEL CORAZÓN

Sabiduría sufi

Selección de relatos
de Rumi y otros
maestros



Edición a cargo de
Raúl de la Rosa

El texto sufí, cual hermoso tapiz en donde se tejen leyendas, fábulas, parábolas y poesías que abren el camino hacia el corazón y la intuición, más allá de toda especulación, no trata tanto de convencer cuanto de seducir, trata de mostrar una sabiduría profunda y práctica, extraída de la experiencia cotidiana. En esta obra, Raúl de la Rosa ofrece una compilación de bellos relatos tradicionales del sufismo, pertenecientes a Rumi (1207-1273) y otros grandes maestros de su época. Estos relatos se nos ofrecen para ser contemplados, tal como lo hacemos ante un bello jardín, y para ser saboreados, tal como lo hacemos con una dulce taza de té.

Cuando abro mis ojos al mundo exterior, me siento como una gota de agua en el océano; pero cuando cierro mis ojos y miro interiormente, veo el universo completo como una burbuja levantándose en el océano de mi corazón.

HAZRAT INAYAT KHAN, *La sinfonía divina*

ACERCA DE LOS TEXTOS DE ESTA OBRA

Estos hermosos relatos han sido recopilados y seleccionados por el escritor y filósofo español Raúl de la Rosa. Entre los autores sufíes que nos regalan estas perlas de sabiduría encontramos, entre otros, a Jalal Al-Din Rumi, Hazrat Inayat Khan y Awad Afifi, el Tunecino.

PRÓLOGO

El cuento sufí no trata de convencerte sino de seducirte, trata de mostrar experiencias y consejos prácticos, eso sí, envueltos en bellos tapices, más allá de toda especulación.

El sufismo es realista y pragmático, no es una doctrina, ni trata de explicar el universo o la existencia. A través del sufismo encontramos, sencillamente, un camino que conduce a que cada cual descubra los enigmas del universo y la existencia sin destruir el prodigio y el asombro, es más, lo hace sumergiéndonos en las maravillas de la vida.

El sufismo es un tapiz, un hermoso tapiz en donde se tejen leyendas, fábulas, parábolas y poesías que abren el camino hacia el corazón y la intuición. Si no hay amor e inspiración, no hay sufismo.

Estas historias sufíes, más que para reflexionar acerca de ellas, están hechas para ser contempladas, tal como lo hacemos ante un bello jardín, y para ser saboreadas, tal como lo hacemos con una dulce taza de té. Disfrutémoslas.

RAÚL DE LA ROSA

1. AMAR Y REZAR



UN HOMBRE, DESPUÉS DE MUCHO TIEMPO CAMINANDO, LLEGÓ AL LUGAR DONDE VIVÍA UN GRAN SABIO. Al recibirle, le pidió encarecidamente:

—¡Muéstreme el camino hacia Alá!

—¿Te has enamorado alguna vez de alguien? —preguntó el sabio.

—¿Enamorarme? ¿Qué es lo que el gran maestro quiere decir con eso? Me prometí a mí mismo jamás aproximarme a una mujer, huyo de ellas como quien intenta escapar de una enfermedad. Ni siquiera las miro. Cuando pasan, cierro los ojos.

—Procura volver a tu pasado e intenta descubrir si alguna vez, en toda tu vida, hubo algún momento de pasión que dejase tu cuerpo y tu espíritu llenos de fuego.

—Vine hasta aquí para aprender a rezar, y no a cómo enamorarme de una mujer. Quiero ser guiado hasta Alá y usted insiste en querer llevarme hacia los placeres de este mundo. No entiendo lo que desea enseñarme.

El sabio permaneció silencioso algunos minutos y finalmente dijo:

—No puedo ayudarte. Si tú nunca tuviste alguna experiencia de amor, nunca conseguirás experimentar la paz de una oración. Por lo tanto, regresa a tu ciudad, enamórate, y vuelve a buscarme sólo cuando tu alma esté llena de momentos felices.

Sólo una persona que entiende el amor puede entender el significado de la oración. Porque el amor por alguien es una oración dirigida al corazón del Universo, una plegaria

que Alá colocó en las manos de cada ser humano como un presente divino.

2. UN LARGO SUEÑO



EN LA INDIA, DOS HOMBRES CAMINABAN POR EL CAMPO. El más anciano dijo:

—Estoy cansado. Por favor, ve a buscar un poco de agua en los pozos que se ven al otro lado del arrozal. Te espero a la sombra de estos árboles.

El joven cruzó el campo y en el pozo se encontró con una muchacha que estaba sacando agua. Se sintió atraído por ella y delicadamente le preguntó su nombre. Ella le contestó con una sonrisa, y él, encandilado, le propuso llevarle la vasija hasta el pueblo. Ella aceptó. Ya en la aldea fue invitado a comer en casa de la joven. Conoció a toda la familia, y acabó pidiendo la mano de la chica. Se la concedieron.

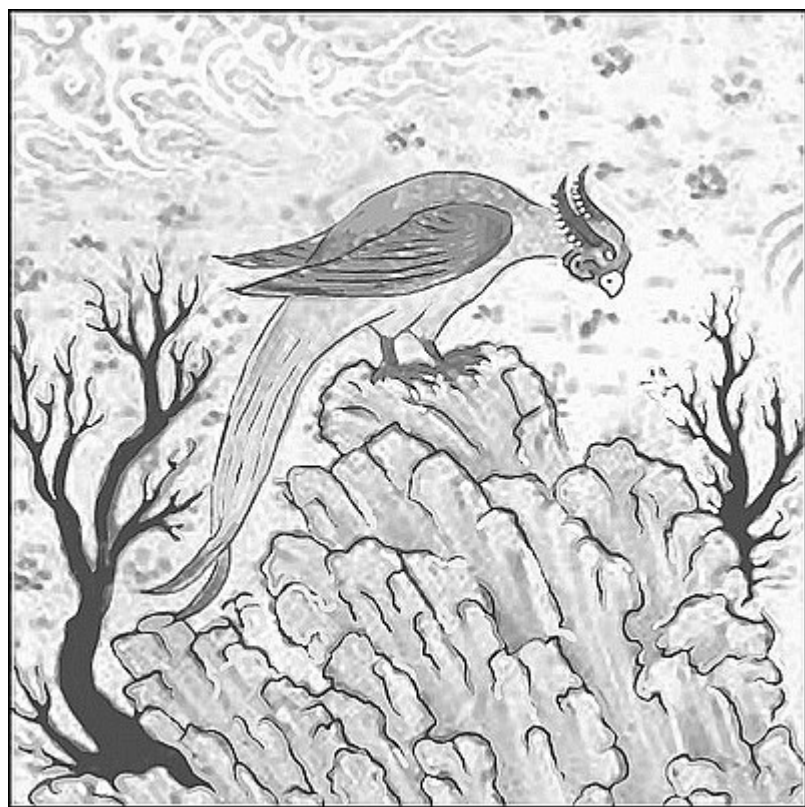
Tras la boda trabajó como campesino, tuvo hijos y los educó. Uno murió de enfermedad. Sus suegros también fallecieron y se convirtió en el cabeza de familia. Su hijo mayor se casó y partió. Su mujer, con el pelo ya cano, murió algo después. Él la lloró, porque la había amado mucho. Días más tarde una inundación devastó el valle. Fue arrastrado, como sus vecinos, por un torbellino de agua fangosa. Luchó para sujetar a su hijo menor, que se ahogó ante sus ojos.

De repente, sin saber por qué, se acordó de su amigo, el anciano que le había pedido agua. Al instante se encontró en tierra seca, cruzando un campo, con una jarra en la mano. Regresó junto al anciano, que estaba adormecido bajo un árbol. Algo en el aire, que se había vuelto puro y ligero, parecía indicarle al joven que se hallaba en el mismí-

simo umbral del Gran Misterio. El anciano se despertó y le dijo:

—El sol ya está bajo. Tardaste mucho. Estaba a punto de ir a buscarte.

3. EL PICHÓN DE ÁGUILA



HABÍA UNA VEZ UN CAMPESINO QUE FUE AL BOSQUE VECINO A ATRAPAR UN PÁJARO PARA TENERLO CAUTIVO EN SU CASA.

Consiguió cazar un pichón de águila. Al llegar a su casa, lo colocó en el gallinero, junto con las gallinas. Comía mijo y la ración propia de las gallinas, aunque el águila fuera el rey o la reina de todos los pájaros.

Después de cinco años, este hombre recibió en su casa la visita de un naturalista. Mientras paseaban por el jardín, el naturalista le dijo al hombre:

—Este pájaro que está allí no es una gallina. Es un águila.

—De hecho —dijo el campesino— es águila, pero yo lo crié como gallina. Ya no es un águila. Se transformó en gallina como las otras, a pesar de tener las alas de casi tres metros de extensión.

—No —dijo el naturalista—, ella es y será siempre un águila pues tiene el corazón de águila. Este corazón hará que un día vuele a las alturas.

—No, no —insistió el campesino—. La he criado como una gallina y se ha convertido en una gallina, y jamás volará como un águila.

Como no se ponían de acuerdo, el naturalista le propuso hacer una prueba. El naturalista cogió el águila, la levantó bien en alto y, desafiándola, le dijo:

—Ya que en realidad eres un águila, ya que perteneces al cielo y no a la tierra, entonces, ¡abre tus alas y vuela!

El águila se posó sobre el brazo extendido del naturalista. Miraba distraídamente alrededor, vio a las gallinas allá

abajo, picoteando granos y dio un salto hasta llegar junto a ellas.

El campesino comentó:

—Yo le dije: se ha convertido en una simple gallina.

—No —insistió el naturalista—. Ella es un águila. Y un águila será siempre un águila, experimentaremos nuevamente mañana.

Al día siguiente, el naturalista subió con el águila al techo de la casa. Le susurró:

—Águila, ya que eres un águila, ¡abre tus alas y vuela!

Pero, cuando el águila vio allá abajo a las gallinas, picoteando el suelo, saltó y de nuevo fue junto a ellas. El campesino sonrió y volvió a la carga:

—Yo le había dicho: se ha convertido en una simple gallina.

—No —insistió firmemente el naturalista—. Ella es un águila, y siempre poseerá un corazón de águila. Vamos a experimentar todavía una última vez; mañana la haré volar.

Al día siguiente, el naturalista y el campesino se levantaron bien temprano. Cogieron el águila y la llevaron fuera de la ciudad, lejos de las casas de los hombres y de los gallineros, en lo alto de una montaña. El sol naciente doraba los picos de las montañas. El naturalista levantó el águila al cielo y le ordenó:

—Águila, ya que eres un águila, ya que perteneces al cielo y no a la tierra, ¡abre tus alas y vuela!

El águila miró alrededor. Temblaba como si experimentase una nueva vida. Pero no voló. Entonces, el naturalista la cogió firmemente y la puso en dirección al sol, para que sus ojos pudiesen llenarse de la claridad solar y de la vastedad del horizonte. En ese momento, el águila abrió sus potentes alas, graznó con el típico *kau, kau* de las águilas y se elevó, soberana, sobre sí misma.

Y comenzó a volar, a volar hacia lo alto, a volar cada vez más alto. Y voló y voló hasta confundirse con el azul del firmamento.

4. ESPIRITUALIDAD Y PAN

